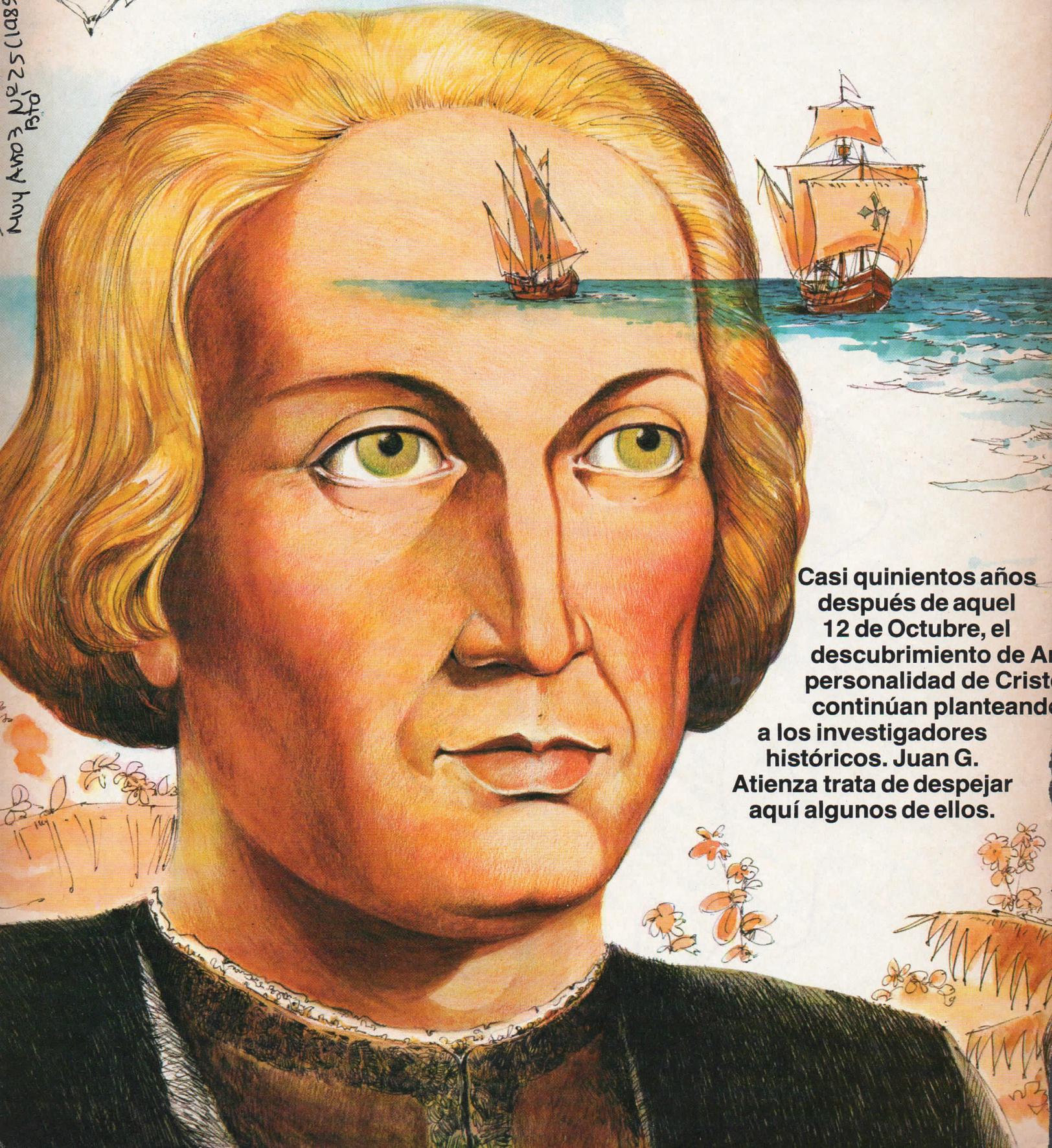


COLÓN NO DESCUBRIÓ POR CASUALIDAD

Muy Años 25 (1985)
15to



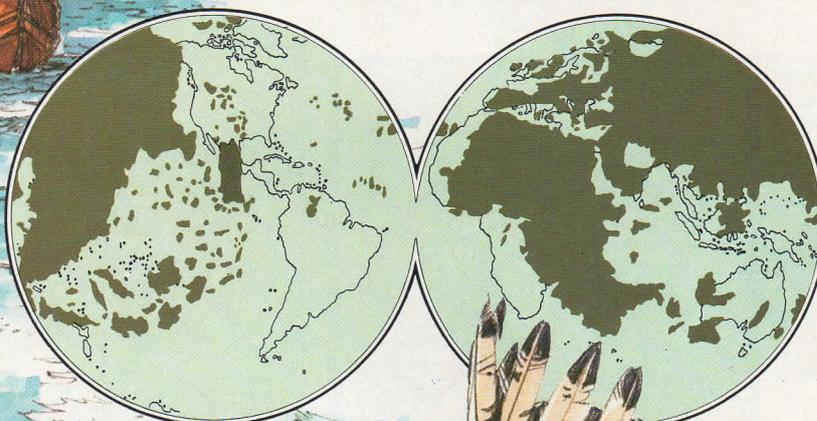
Casi quinientos años después de aquel 12 de Octubre, el descubrimiento de la personalidad de Cristóbal Colón continúan planteando interrogantes a los investigadores históricos. Juan G. Atienza trata de despejar aquí algunos de ellos.

RIO AMERICA



Así era el mundo antes del descubrimiento

En vísperas del primer viaje a América, geógrafos y navegantes tenían un conocimiento del mundo bastante precario, tal como aparece superpuesto sobre un mapa moderno. Hasta ahora se creía que Colón llegó a las Indias Occidentales por casualidad, pensando que se hallaba cerca de Asia. Las teorías más actuales sugieren que el almirante sabía de antemano con qué se iba a encontrar.



América y la
bal Colón
enigmas



Martes, 9 de octubre de 1492. En alta mar, Colón escribía en su Diario de a bordo: «Navegó al Sudeste. Anduvo 5 leguas. Mudóse el viento y corrió al Oeste cuarta al Noroeste, y anduvo 4 leguas. Después con todas 11 leguas de día y a la noche 20 leguas y media. Contó a la gente 17 leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.»

Hacia treinta y tres días que las carabelas habían abandonado el puerto de la Gomera. Faltaban cuarenta y ocho horas escasas para que Rodrigo de Triana, desde la *Pinta*, avistase la tierra esperada. El Almirante, como cada jornada, anunciaba a los hombres de su tripulación un recorrido menor que el que realmente llevaban a cabo; en este caso, diecisiete leguas en lugar de las 31 que habían cubierto. ¿Por qué?

No es más que una pregunta entre miles que no han tenido una respuesta satisfactoria en 500 años de investigación. El día 12 de octubre, el que se celebra como Fiesta Nacional en más pueblos de la Tierra, sigue siendo una fecha que nadie ha logrado entrever en su auténtica significación. Y su protagonista Colón, es aún un ser misterioso y controvertido, cuyo origen y personalidad ningún estudioso ha conseguido desentrañar sin que surja la pregunta sin respuesta.

Hay quien dice —y no lo dice sin sospechas fundadas— que, en ese día que el Diario de a bordo refleja apenas como una jornada más, Colón ya sabía las horas que faltaban para que el grito de «¡Tierra!» saltase de carabela en carabela. —>

Desde fray Bartolomé de las Casas, que afirmó que Colón descendía de un cónsul romano hasta los alucinados investigadores que han jurado que el descubridor de América era mujer, ha habido hipótesis para todos los gustos. Colón ha sido, alternativamente, pirata, judío, gallego, suplantador, extremeño, iniciado, mallorquín, mercachifle, genovés, piloto, gascón, marrano, andaluz, morisco, catalán y cartógrafo. Su mismo hijo Fernando afirmaba: «*Me mueve a creer que así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por algún misterio, así en lo que toca a la variedad de semejante nombre y sobrenombre no deja de haber algún misterio*». Y el propio Almirante, ya moribundo en Valladolid en 1505, fomentaba su propio enigma legando en un codicilo de su testamento cantidades de dinero a personas a quienes «*háseles de dar en tal forma que no sepan quién se las manda dejar*».

Un salto en lo más desconocido

Sin embargo, entre hipótesis y realidades, el enigma de Colón y el enigma de su descubrimiento, van íntimamente unidos. Y del mismo modo que no hay documentos que permitan conocer la vida del descubridor con precisiones, también el Continente Americano plantea misterios que hacen sospechar que fue conocido y hasta explotado por gentes de las más diversas culturas desde tiempos en los que el pasado navegaba por las corrientes de lo desconocido.

En ocasiones, conviene recurrir a imágenes de nuestro mundo inmediato para comprender una circunstancia del pasado. En este caso, habría que pensar que los marineros de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* eran gente como nuestros cosmonautas, que se desplazaban por el Océano con la misma ignorancia ante lo que encontrarían, como los tripulantes de las naves espaciales lo hicieron respecto a un cosmos imprevisible. Corrientes marinas y mareas cósmicas agitan de modo semejante espacios ignorados. Hay una falta de información de los poderes de la naturaleza, que aprisiona a los seres humanos en lo misterioso. En tales casos, ni la ciencia ni las hipótesis podrán vencer lo imprevisto: lo que escapa a nuestra capacidad de entendimiento. Pero pensemos: ¿realmente todos ignoraban el punto exacto al que les conducían los vientos? ¿De verdad fueron a encontrar una nueva tierra jamás pisada por seres humanos del Antiguo Continente?

Piri-Reis fue un marino turco del siglo XVI, que pasó su vida entre el corso y el estudio de la cosmografía. Lo mismo lanzaba sus veleros contra las naves cristianas como se encerraba para trazar cartas marinas a partir de mapas que conseguía en sus correrías corsarias.

Escribió libros y, entre ellos, uno que se tituló *Bahriye*: el «Libro del Mar» o «de la Navegación», que ilustró con doscientos quince mapas, algunos de los cuales eran «antiguos y secretos».

Conocía el español, el portugués, el italiano, el griego y, gracias a esto pudo consultar notas de otros marinos, entre ellas un mapa, que, al parecer, había sido utilizado por Cristóbal Colón y que le fue facilitado a Piri-Reis por un turco primo suyo, Kemal-Reis, que a su vez se lo confiscó a un marino español que había formado parte de la expedición.

La copia de Piri-Reis fue descubierta en 1929, mientras se realizaba un inven-

en la que ese perfil era aún desconocido en su práctica totalidad.

La segunda, porque confirmaba, con localizaciones precisas, un remoto descubrimiento de zonas septentrionales de América por parte de navegantes normandos de los inicios de la Era cristiana.

La tercera, porque el mapa de Piri-Reis trazaba perfiles de costas del Ártico y de la Antártida que, por estar cubiertas por cientos de metros de hielo, no pudieron ser verificados hasta que métodos científicos como el *sonar* los revelaron, demostrando la exactitud del mapa trazado por el cosmógrafo de Solimán el Magnífico.

Sólo cabe preguntarse qué pueblo pudo trazar los perfiles exactos de una América que, teóricamente, era tierra desconocida hasta que las carabelas colombinas la hollaron. Y cómo el futuro almirante de la Mar Océana logró conocer ese secreto cuando la mayoría de los navegantes estaban convencidos de



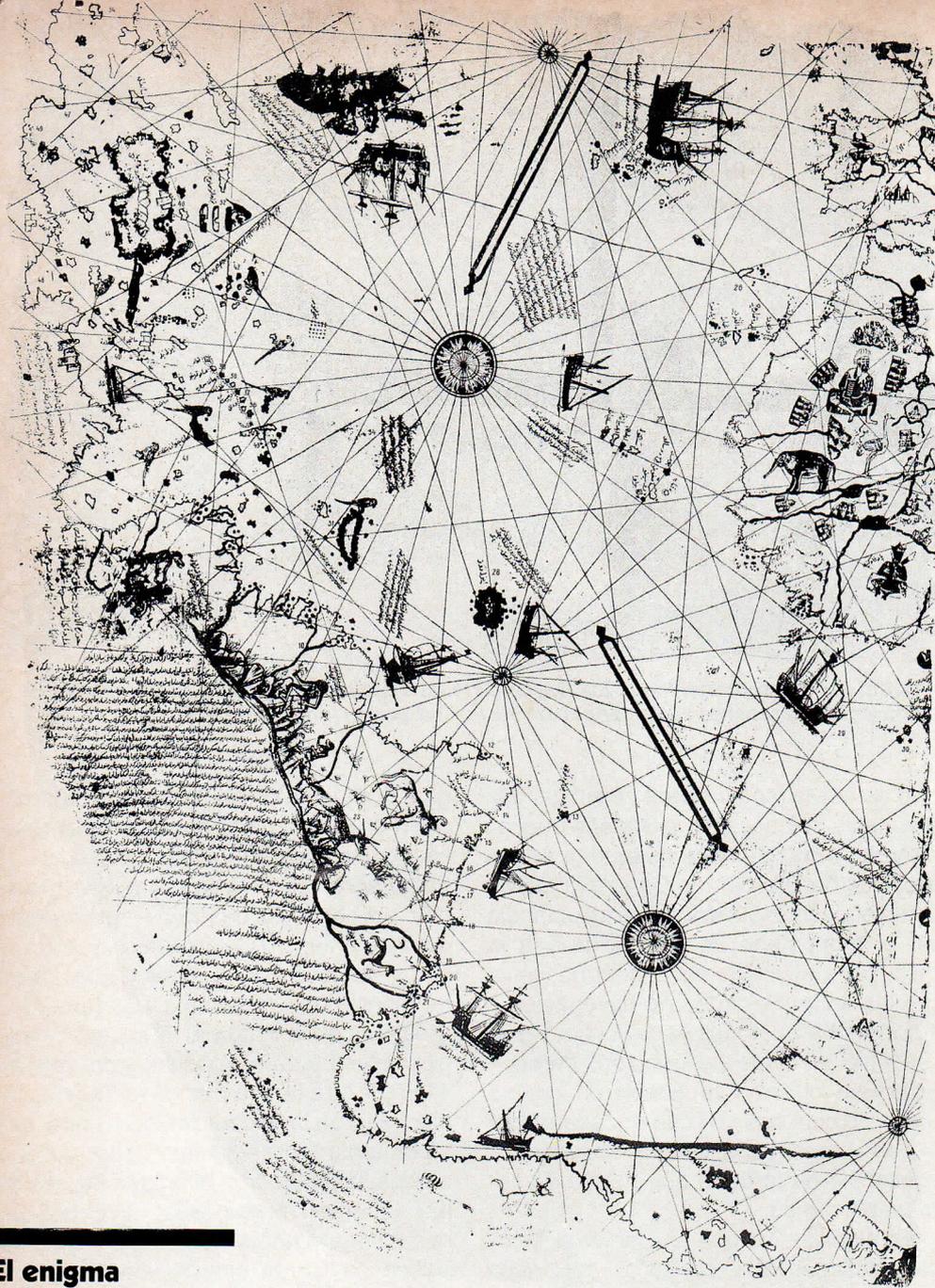
Dos grabados de 1493, extraídos del diario de Colón. A la izquierda aparecen las islas descubiertas por el almirante. A la derecha, el fuerte que hizo construir en La Española.

tario del museo de Topkapi. Su descubridor, I. Walters, cartógrafo adscrito al Servicio Hidrográfico de la Marina norteamericana, no le dio la mayor importancia. Pero el profesor Kahie, de la universidad de Bonn, lo presentó como descubrimiento en el XVIII Congreso de Estudios Orientales de Leyden (1931) y en 1956, cuando otra copia del mismo mapa fue mostrada en un *forum* de la universidad de Georgetown, lo increíble de aquella carta náutica saltó a la palestra científica mundial por varias razones.

La primera, porque el mapa trazaba el perfil atlántico de América en una época

que, en el límite del Mar Tenebroso sólo podrían encontrar monstruos horribles, capaces de hacer zozobrar cuantos barcos se aventurasen por sus dominios.

El mapa de Piri-Reis ha suscitado polémicas que llegan hasta la sospecha de que nunca habría podido realizarse sin la ayuda de máquinas voladoras. El ingeniero A. H. Mallery, que participó en los coloquios de Georgetown, escribía: «*No comprendo cómo pudo hacerse este mapa sin la ayuda de la aviación. Las longitudes son totalmente exactas, cosa que nosotros mismos sólo hemos podido determinar hasta hace muy poco tiempo...*»



El enigma del mapa turco

El mapa de Piri Reis, descubierto en 1929, traza de forma exacta el perfil atlántico de América. Es más que probable que Colón conociera su existencia.

Un secreto de 4500 años

Pero ese mapa es sólo uno entre los datos que ya permiten sospechar que, cuando Colón se lanzó desde las Canarias, el 6 de septiembre de 1492, hacia el Oeste, sabía lo que iba a encontrar; algo que no era precisamente la tierra de las especias, como pretendió convencer a los monarcas españoles que le financiaron la expedición.

La tradición de países desconocidos venía de lejos. Hay sospechas de que navegantes fenicios pudieron arribar a las costas americanas hace cuatro mil

quinientos años. Sospechas nunca confirmadas, pero abonadas por hallazgos de piedras con grabados de signos fenicios y hebreos que fueron encontradas en varios puntos del continente, desde el Matto Grosso en Brasil hasta Massachusetts, donde se halla la llamada roca de Dighton, en las cercanías de Boston y en las márgenes del río Taunton, llena de signos entre los cuales se han reconocido caracteres del alfabeto fenicio.

Es éste un hecho que añade toda una cadena de circunstancias a la personalidad nunca definida del Almirante. Fijémosnos en el hecho de que fenicios y hebreos

mantuvieron durante siglos fuertes lazos; que un arquitecto fenicio levantó el templo de Salomón, la construcción sagrada del pueblo judío.

Hay noticias de que fenicios y judíos colaboraron en expediciones mercantiles, del mismo modo que hay sospechas fundadas de que obtuvieron materias primas de lugares cuya ubicación mantenían en secreto, hasta el punto de llegar a hundir sus naves cuando se supieron seguidos, para no revelar las fuentes de su abastecimiento.

¿Un heredero de la Kabala?

La mayor parte de los historiadores coinciden en la sospecha de que el enigma que rodea la vida de Cristóbal Colón se debe a un empeño del Almirante y de sus descendientes por ocultar su origen judío en momentos en los que tal circunstancia habría supuesto un proceso inquisitorial de imprevisibles consecuencias.

Limitémonos a constatar unos cuantos hechos significativos: la Kabala hebrea, bajo una apariencia mística y esotérica, esconde una serie de conocimientos científicos que sólo han comenzado a manifestar su realidad ante el progreso de la investigación científica. Precisamente esa Kabala judía tuvo en rabinos peninsulares de la Edad Media sus más preclaros estudiosos, como Nahmánides o Moisés de León.

El proyecto de Colón tuvo sus máximos defensores en judíos de enorme prestancia intelectual, como Abraham Zacuto o Abraham Senior, y fervientes financiadores como los Santángel aragoneses o Ishaq ben Yehudá Abrabanel, banquero de la campaña granadina de los Reyes Católicos y notable kabalista que terminó sus días en la república de Venecia.

Una parte considerable de la tripulación de las carabelas colombinas estuvo compuesta por hombres que incluso por su apellido —Arraes, Bives, Medel, Binós— proclaman su condición de judíos conversos o de criptojudíos.

La fecha de salida de las carabelas colombinas —3 de agosto de 1492— coincidió prácticamente con la que los Reyes Católicos dan como límite para que los judíos abandonasen España.

Y, en fin, un último hecho: el que muestra cómo América vino a convertirse, con la Conquista y la colonización, en refugio relativamente seguro de judíos y marranos perseguidos o amenazados por los tribunales inquisitoriales.

Sabemos que estos hechos no constituyen pruebas, sino indicios que la Histo-

ria nos ha escamoteado por deseo de sus protagonistas o por conveniencias de determinadas circunstancias culturales.

Sólo hoy, cuando se calman los ánimos ante realidades históricas tenidas por inamovibles, cabe plantearse que, en muchas ocasiones, esa historia se ha desarrollado no como *desean* unos poderes u otros, sino conforme a realidades humanas que poco o nada tienen que ver con ideales de glorias patrióticas.

Ya sabemos, tal como lo revelan los archivos de la iglesia, coincidentes con las sagas del norte, que los vikingos de Erik el Rojo y de Leif Erikson habían establecido colonias en Groenlandia y en la península de El Labrador en torno a los siglos X y XI. Los hallazgos arqueológicos y los documentos vaticanos nos revelan la presencia de obispos, la naturaleza pesquera y ganadera de aquellas colonias e incluso su final, a menudo trágico, a causa de hambres, fríos y epidemias.



Al regreso de su primer viaje, los Reyes Católicos recibieron a Colón en Barcelona. El almirante se presentó acompañado de varios indígenas (pintura de R. Balaca).

Los sueños de un solitario

Aquel Colón taciturno nunca dijo tener la certeza de lo que sospechamos que sabía. Entre los datos que acumulaba su mente había cartas marinas y testimonios de hombres que habían relatado una realidad que no se podía revelar a los cuatro vientos, so pena de que las flotas de todos los reinos de Europa se lanzaran a la rebatiña de unas riquezas que habían costado siglos y hasta milenios de secreta singladura. Un almirante «extranjero» — así lo proclamaban, sin más especificaciones, recibos reales de Castilla — mandaba sobre noventa hombres más acostumbrados a la navegación de cabotaje que a una empresa transoceánica como la que se planteaba. Colón lo había querido así, como si temiera que navegantes más avezados hubieran podido arrebatárle la gloria que había mimado en cada instante de su proyecto.

Colón, desde el principio, asumió saberes y secretos obtenidos no se sabe bien cómo. Y, si alguna gloria cabe adjudicarle, es la de haber sabido reunir pruebas para hacer pública una realidad que, hasta entonces, se mantuvo tan disimulada entre leyendas aparentemente absurdas que muy pocos supieron desvelar. Sin embargo, los escasos datos que nos han llegado pueden dar la prueba de que Colón sabía qué tierra pisaba cuando el 12 de octubre de 1492 desembarcó en suelo americano.

Con unas intenciones inexplicables para historiadores y biógrafos, Colón viajó sin razones aparentes por lugares en los

que no había motivos para investigar. Se nos habla de un viaje a la Bretaña francesa y de una misteriosa búsqueda en los archivos de la orden de Calatrava. Incluso se buscan explicaciones a su estancia en el monasterio de la Rábida y a la discutida noticia de su afición obsesiva por las antiguas cartas de navegación.

Sin embargo, todos esos hechos, aparentemente faltos de relación, parecen aclararse cuando se tienen en cuenta unos indicios que pueden encadenarlos: el conocimiento que *otros* tenían ya de la existencia de la tierra que habría de llamarse América.

Es significativo que la orden del Temple (desaparecida en 1312, casi siglo y medio antes del nacimiento del descubridor) tuviera unos archivos que, al ser disuelta por el papa Clemente V, pasaron en buena parte, a la orden de Calatrava y a la de Cristo, fundada ésta en 1317 y heredera de todas las posesiones templarias del reino lusitano. Significativo también que los templarios hubieran sido dueños del puerto de la Rochelle, a la entrada de Bretaña, y que los caballeros de la orden de Cristo fueran promotores de los grandes viajes portugueses, bajo los auspicios de su maestro don Enrique el Navegante y siguiendo los conocimientos náuticos de la escuela de Sagres, que acogió a los mejores cartógrafos de la época, muchos de ellos *judíos* catalanes y mallorquines, versados en los secretos científicos de la Kabala.

Un Colón presuntamente judío, prote-

gido por judíos como Zacuto y promocionado en buena parte por dinero de familias conversas. Un Colón que parece haber aprendido saberes que los templarios — protectores de judíos — guardaban celosamente. Un Colón que copiaba mapas y compraba portulanos y que, en un momento dado, marchaba a Bretaña y regresaba con todo su plan marineramente trazado. Todo ello ¿por casualidad? Y otro hecho que pasa desapercibido: siendo la expedición colombina estrictamente española, las velas de sus barcos lucían la cruz templaria heredada por la orden portuguesa de Cristo, lo mismo que la habían lucido los navíos de Vasco de Gama cuando emprendieron años antes el viaje que les permitió alcanzar la India después de doblar el cabo de Buena Esperanza.

Hay indicios sobrados para sospechar: los templarios y sus herederos *puédieron conocer la existencia de América*. Y cabe sospechar también que ese conocimiento tuvo su origen en haber desentrañado en Tierra Santa saberes de los fenicios y en Bretaña los secretos de los navegantes bretones. Secretos que todavía hoy pueden desvelarse en las tradiciones celtas, leyendo con atención gestas aparentemente míticas, como la de Cuchulain, el que se desplazó a las «islas felices» de más allá del Océano, el que arribó «al País de las Delicias, en el corazón del límpido lago azul». Curiosa — simplemente curiosa — la analogía fonética que existe entre este héroe *Cuchulain*, y el dios

blancó que esperaban de retorno los aztecas cuando supieron el desembarco de Hernán Cortés: *Quetzalcoatl*. El mismo que los mayas llamaban *Kuculkán*...

Cuando las piedras comienzan a hablar

Cerca de Boston —lo mismo que la roca de Dighton que mencionábamos antes—, en la ciudad de Newport, se levanta una extraña torre, a la que los arqueólogos no han conseguido dar una interpretación. Anterior sin duda a cualquier colonización europea, está construida de piedras y tiene rasgos de fortaleza medieval. Incluso la puerta de acceso, situada a cuatro metros y medio del suelo, proclama la función defensiva, porque sólo es posible alcanzarla por una escalera que se recogería desde el interior.

Curiosamente, *no hay en ninguna otra parte de América* monumentos parecidos a esta extraña torre. Sin embargo, su

Un reloj para medir las guardias

El hombre más joven de cada guardia estaba al cuidado de la ampolleta. Cuando la arena había pasado del todo, le daba vuelta y cantaba la media hora. Así ocho veces en cada turno.



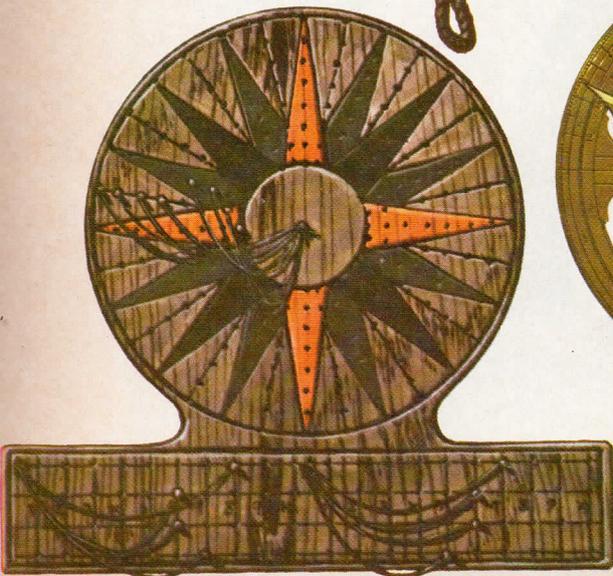
¿Qué altura tienen las estrellas?

El astrolabio náutico usado por Colón era un anillo de bronce graduado con una alidada giratoria. La inestabilidad de los navíos hizo que los cálculos resultaran erróneos casi siempre.



Un sistema rudimentario

El renard del piloto era una rosa de los vientos con ocho agujeros en cada cuarta de la rosa. Cada media hora se anotaban las variaciones del rumbo.



Es más que probable que la aventura marinera de estos monjes pasara a completar la leyenda aparentemente fantástica de san Barandán, según estudiaron el investigador bretón Louis Kervran y el arqueólogo norteamericano Pohl, aunque ambos han tropezado en sus investigaciones con una estructura histórica largamente aceptada que forma ya parte de todos los libros de texto del mundo occidental.

Las certezas de Colón

Sin embargo Colón sí supo aprovechar los conocimientos secretos de su tiempo. Es probable que su viaje a Bretaña respondiera a las mismas noticias que cien años antes (en 1364) permitieron al armador veneciano Zeno escribir a sus hermanos, desde Irlanda, una carta en la que decía recoger el testimonio de marinos que habían pasado muchos años en un lugar que —cosa curiosa— denominó «*il Nuovo Mondo*», ¡El nuevo Mundo!

Pensemos que, con todos estos datos, el futuro Almirante de la Mar Océana pudo contar con suficientes pruebas para arrostrar, sin tener grandes conocimientos de náutica, las dificultades de una travesía de la que tenía menos idea que del fin último que se había propuesto.

Hoy, a pesar de la historia aceptada y reconocida sin pestañeos, cabe ya plantear muy seriamente la primicia de aquel descubrimiento que todos coinciden en fijar el día 12 de octubre de 1492. Ignoramos aún la fecha exacta que podría fijarse. Pero sabemos que existen demasiadas verdades a medias tomadas como dogma, para que pueda ponerse en entredicho la datación oficial.

Hay una realidad histórica *diferente*, que va apareciendo en esos indicios y que puede servir para que pongamos en cuarentena muchos libros de texto y muchas investigaciones que no han hecho otra cosa que aceptar a ciegas las premisas que el mismo Colón se cuidó de sostener. La historia se sustenta todavía sobre datos oficialmente inamovibles, fruto de falsos orgullos convertidos en dogma nacional. Parece como si aún quisiéramos basar el valor de nuestras instituciones sobre glorias que están sostenidas por tenues telas de araña cuando el auténtico valor de los pueblos se debe medir por su capacidad *para superar* sus propias mentiras, *para asumir* sinceramente su pasado y *para corregir*, en beneficio de la evidencia, los errores que pudieron cometerse en un instante de su proceso histórico.